

¿Ya puedo entrar?

Augusto Montero Razo*

El hombre volvió a tocar la puerta de metal de la casa y preguntó nuevamente:

— ¿Ya puedo entrar?

El hombre detrás de la puerta le contesta:

— ¡Qué no! Ya te dije como cien veces que no puedes entrar. Esta es mi casa, lárgate ya.

Y así continuaban discutiendo:

—Pero tengo hambre y frío. Si no me dejas pasar moriré.

—Ese no es mi problema, es tuyo por tener un chiquero de casa.

—Por favor, tuve que irme porque mi padre me pegaba, mis hermanos abusaban de mí y mis hijos tenían hambre y no había nada que les pudiera dar de comer.

—No me importa. Esta es mi casa y no dejó que nadie que no quiera entre.

—Si me dejas entrar te prometo que no me comeré toda tu comida, nada más un pan.

— ¿Y qué hay de tus hijos, eh? Seguramente también querrán un pan para ellos.

—Lo compartiré con ellos si nos dejas pasar.

— ¡Ajá! Si nos dejas, o sea, no sólo tú, sino tus hijos: ¿por qué preguntabas si te dejaba a pasar en vez de decir si nos dejas pasar?

—Porque si te decía en plural las cosas, más miedo te hubiera dado y menos ganas tendrías de dejarme pasar.

—Y tienes razón, ahora menos te voy a dejar pasar. Vete ya, será lo mejor. Me das lástima.

—Pues, aunque sea por eso, por lástima. Por lo que sea, pero déjanos entrar.

— ¡No! Ni aunque sea por lástima te voy a dejar entrar. Te vas a quedar aquí para siempre.

—A lo mejor, a lo mejor no. Ya veré, si soy feliz contigo igual me quedo y trato de hacerte feliz.

* **Estudiante de Licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas en la Facultad de Estudios Superiores Acatlán, Universidad Nacional Autónoma de México.**

–Pero, oye, tú mejor que nadie sabes que no soy asesino ni violador. Me conoces, no mucho, pero sí lo suficiente como para saber eso.

–Aunque me hagas feliz, tus hijos son una carga y también se quedarán, ¿verdad?

–No lo sé, esa es su vida. Si ellos quieren quedarse, que se queden, si no quieren que se vayan con tu vecino.

– ¡Ja! Mi vecino, ese es peor que yo. Una vez le pedí una taza de azúcar y me sacó a golpes de su jardín. Eso sí, siempre viene a pedirme flores de mi jardín; las más verdes y allí sí muy amigable. Se las doy porque me trae azúcar, poca, pero me trae. No creas que lo hago por buena gente. Pero tú o tus hijos no tienen nada para darle a mi vecino; no va a recibir a tus hijos y se van a querer quedar a vivir conmigo.

–Eso no lo sabes, igual y lo convencen. Pero mientras déjame entrar, ¡ándale!

–No, seguro eres capaz de robarme o hacerme daño. Mi esposa se enojará conmigo si te dejo entrar sin saber quién eres. Si violas a mis hijas o matas a mis hijos. A mí es a quien juzgaran por haberte dejado entrar. Y más mi vecino.

– ¡Y a ti qué te importa el vecino! ¿No dices que no te agrada?

–Pero necesito su azúcar, si no esta casa no puede funcionar. Es lo que les da energía a mis niños. Y a ti no te debo dar ninguna explicación, sólo vete.

–Pero, oye, tú mejor que nadie sabes que no soy asesino ni violador. Me conoces, no mucho, pero sí lo suficiente como para saber eso.

–Pero a tus hijos no. Esos ni tú los has de conocer bien. En ese momento una enorme y gris nube se extendió por todo el cielo.

–Venga, hermano, por favor. No ves cómo se ha nublado el cielo. Va a llover y me voy a mojar y mis niños también. Están detrás del árbol esperando mi señal para que vengan a tu entrada. Si se quedan allí se enfermarán por el agua y el frío. Si se enferman no tengo con que curarlos. Se morirán. No quieres que mueran, ¿verdad?

–Lo que les pase a tus niños es tu culpa por haberlos traído hasta acá, sabiendo de antemano que no te dejaría pasar.

–Los traje porque no había de otra. Los traje pensando, mejor dicho, confiando en tu bondad. Sé bueno, déjame entrar.

–Lo haría, si dejas a tus niños afuera, pero conociéndote, vas a querer que te deje entrar a tus niños también. No podrías dejarlos afuera.

–Exacto.

—Pues muéranse de frío todos ustedes. Nosotros también pasamos frío. Nuestras paredes son apenas mejores que las de tu casa, no hay mucha diferencia entre la tuya y la mía en realidad.

—Pero tú tienes algo, yo no tengo nada. Unas noches sin frío y con algo en el estómago, harían mi vida mejor, aunque fuera por tan poco tiempo; habría tenido eso. Yo y mis niños por un momento en nuestras vidas seríamos felices y eso vale mucho al final del camino.

Y en ese momento empieza a llover de una manera torrencial.

—Ya empieza el aguacero, déjanos entrar.

—No, mi mujer e hijos ya nos escucharon y tienen miedo. Mi mujer ya se enojó conmigo porque no te he echado a golpes y mis niños me insultan por ser tan buenos contigo por la misma razón. Dicen que tú has estado más tiempo en el jardín que lo que yo los dejo a ellos estar en éste. Que hasta pareciera que te quisiera más a ti que a ellos.

—Si no abres la puerta quizá muera hoy en la noche por la lluvia.

—Pues que así sea.

La lluvia fue devastadora. Mató a la persona que tocaba a la puerta, así como a todos sus hijos. La gente a quien le pedían auxilio no sufrió daño físico por la lluvia, pero sí material: su casa quedó destruida. Al día siguiente las interrogantes abundaban en la familia.

— ¿Ahora qué haremos? — dijo la mujer del hombre que se negaba a darle cobijo a los necesitados— ¿dónde dormiremos hoy?

—Papá, tenemos mucha hambre. No hemos comido en todo el día—le dijo uno de sus hijos, el cual hablaba en representación de todos.

—No lo sé, no lo sé, perdón hijos, perdón amor mío: pero no lo sé —les respondió cabizbajo el señor.

Entonces una idea se le cruzó por su mente.

—Ya sé, le tocaremos al vecino del azúcar. Él nos conoce, seguro que si le pedimos asilo nos lo dará. Después de todo, no sería capaz de vernos sufriendo y negarse a darnos ayuda, digo, somos buenas personas.